

Iona se calla un rato, y luego dice. —Sí, caballo, así es. Ya no tenemos a Kouzma Yougchtoff. Ha querido dejarnos. Le cogió así de repente, y ha muerto sin motivo... Mira, supongamos que fueras padre de una jaca, y

que de pronto esa jaca te dejara solo; ¿no serías desgraciado?

El caballo come, escucha y sopla sobre las manos de su amo.

Iona se olvida de que es un ser irracional, y se lo cuenta todo.

ANTON TCHEKHOV

El pino

Es de un pino que no conozco, es decir, sí conozco aun cuando mis ojos no lo contemplaron nunca. Sin embargo me ha hecho sentir tanto como si lo hubiese encontrado a mi paso y mirado días y días. Bien puede ser también que a mí que he vivido tan lejos de él, me haya ofrecido más placer que a gentes que pasaron la existencia a su lado y que apenas si una vez en toda ella se dieron cuenta de que había un pino muy cerca.

¿Qué importa pues, yo crea es una verdad esa mentira? ¿Por ventura no hay también cosas y gentes que se nos ponen diariamente bajo los ojos sin que detengamos jamás en ellos la mirada y sin que nunca digan nada a nuestro espíritu?

Es un pino que he conocido tan bien, como el árbol que Cenicienta plantó junto a la tumba de su madre y que hacía llover oro y plata sobre su vestido mugriento; como el árbol que canta, del cuento oriental; como el árbol en donde aquel príncipe convertido en pájaro azul iba a posarse para alegrar a la hermosa princesa cautiva.

¡Ah! ¡y lo que ese pino que no han visto mis ojos me ha hecho soñar!

¿Cómo lo conocí? Muy sencillo.

Entonces aun llevaba yo el pantalón por la rodilla y hablaba con una suave voz de niña. Hallábame arrecostado en el alféizar de una ventana en el que había también unos tiestos sembrados de malva de olor. Adentro, en la sala alumbrada por los últimos resplandores de la tarde, aleteaba el murmullo de una conversación.

El prometido de mi hermana Este-

fanía que en esa misma tarde había regresado de la ciudad en que vivía, dijo:

—Mira Estefanía, te aseguro que el poeta que conociste en mí, ya no está. La vida me obligó a echarlo a punta-piés.

Sin embargo, un rato después habló así:

—Quisiera que conocieras el pino que hay frente a mi casa. Pienso que semejante era el árbol que canta del cuento que leíamos de chiquillos, ¿recuerdas Estefanía? ¡Tiene el viento un modo de enredarse entre sus hojas finas! Esta noche me hará falta su murmullo y mañana al despertar no lo oiré tampoco. Es un pino muy bello, Estefanía; quisiera que lo miraras y lo oyeras.

Y un rato después:

—También quisiera que hubieras visto la tarde de ayer en mi ciudad. La luz del sol que se ponía, flotaba sobre las casas y entre las calles, parecida a un polvillo de oro. Hubieras dicho que la alegría misma era la que se cernía sobre todo, en forma de aquel polvillo luminoso. Yo sentía el corazón regocijado. Había algo semejante a la risa en el brillo que envolvía los árboles, las cercas de piedra vestidas de musgo y las montañas lejanas. Los techos y los cristales de las ventanas despedían reflejos y de rato en rato bandadas de palomas volaban sobre nuestras cabezas dejando caer rumores de seda. Los chiquillos gritaban en las plazas y en las calles; grupos de muchachas paseaban cogidas por el talle dejando tras ellas una estela de frescura, y en los rostros de las comadres que de-